

Aprendiendo del Fracaso¹

Por Wilbur Madera

Todos hemos tenido fracasos. Todos hemos tenido algún fracaso en algún proyecto, en alguna iniciativa, en alguna relación, en algún intento. Y también sé que hay fracasos cuyas consecuencias nos siguen persiguiendo hasta hoy. ¿Qué hacemos con el fracaso? ¿Cómo enfrentamos el fracaso? ¿Qué pensar del fracaso?

Los fracasos de Pedro

En la Biblia, también vemos a personas que estuvieron frente a frente con el fracaso. Podríamos pensar en Abraham, en David, en Salomón y tantos otros. Pero aquí consideraremos a uno de los discípulos de Jesús: a Simón, también conocido como Pedro.

Pedro es uno de los discípulos más mencionados en los evangelios. De hecho, es uno de los primeros discípulos a quien Jesús le dijo: sígueme. Pedro encabeza la lista de los discípulos llamados por Jesús cuando descendió del monte y llamó a sus discípulos.

Pedro era arrojado, impulsivo, decía lo que estaba pensando sin tantos filtros. A lo largo de su tiempo de entrenamiento tuvo no pocos encuentros con el fracaso.

Por ejemplo, recordemos cuando Jesús vino al encuentro de sus discípulos caminando sobre el agua. Pedro le dijo: Si en verdad eres tú, ordena que yo vaya hacia ti caminando sobre el agua. Y Jesús le dijo: ven. Pedro bajó de la barca y empezó a caminar sobre el agua, pero de pronto sintió temor por las olas y el viento y se hundió, clamando para que Jesús lo rescatara.

También, recordemos la ocasión cuando a Pedro le fue revelado que Jesús era el Cristo, el hijo del Dios viviente y Jesús le reiteró que esa revelación no vino del hombre sino de Dios; pero al poco tiempo de haberlo reconocido, Jesús tuvo que reprenderlo porque estaba reflejando la mente de Satanás al sugerir que no debía padecer ni sacrificarse. En pocas palabras, que Jesús no debía sufrir ni morir por el pecado.

En fin, vemos a un Pedro muy activo pero que se metía en problemas muy fácilmente. Vemos a un Pedro que a lo largo de su formación tuvo sus pequeños fracasos, como todos a lo largo de nuestras vidas. Pero este mismo Pedro tuvo en una ocasión lo que podemos llamar un craso fracaso o un fracaso épico.

Este fracaso se encuentra registrado no en uno o dos, sino en los cuatro evangelios. Y es que Juan a veces no incluye episodios que los otros tres sí incluyen o repiten, pero el episodio del magno fracaso de Pedro, conocido como la negación de Pedro, también está registrado entre sus páginas.

De este relato bíblico vamos a observar tres realidades acerca del fracaso que nos pueden ayudar a enfrentarlo de una manera bíblica.

Todo esto ocurrió la noche en que Jesús fue entregado. Habían comido la Pascua y Jesús en el contexto de ese tiempo íntimo con sus discípulos les dijo en Marcos 14:27-31:

—Todos ustedes me abandonarán —les dijo Jesús— porque está escrito:» Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas”. Pero, después de que yo resucite, iré delante de ustedes a Galilea». —Aunque todos te abandonen, yo no —declaró Pedro. —Te aseguro —le contestó Jesús— que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante por segunda vez, me negarás tres veces. —Aunque tenga que morir contigo —insistió Pedro con vehemencia—, jamás te negaré. Y los demás dijeron lo mismo.

¹ Este artículo es una versión resumida de un sermón predicado en 2020

Tres realidades acerca del fracaso

1. Los fracasos hacen evidente nuestra soberbia.

¿Por qué se siente tan amargo el fracaso? ¿Por qué no puedes sacarte de la mente el evento en que no llegaste a la meta, en el que respondiste de la manera incorrecta, en el que quedaste evidenciado ante los demás como no apto para la tarea?

Si somos sinceros, porque en todo fracaso lo que duele más es nuestro orgullo. Lo que se siente hecho pedazos es todo aquello de lo cual pensábamos que éramos invencibles o invulnerables. Pero el fracaso nos confronta con nuestra realidad: Fuimos soberbios y no veíamos venir este resultado, ni siquiera pasaba la posibilidad por la cabeza.

A Pedro, le ocurrió lo mismo. Fue confrontado con su soberbia. Jesús, sabía lo que estaba a punto de suceder y les declaró la realidad del asunto: esta noche todos me van a abandonar. Es más, estaba profetizado lo que ocurriría. Jesús no estaba hablando de posibilidades, sino de certezas. Todos lo abandonarían.

Pero, aunque era triste esta realidad, al mismo tiempo venía con una esperanza. Jesús les dijo que cuando él resucitara los vería en Galilea. A la mala noticia, le siguió la esperanza del evangelio: Pase lo que pase, recuerden que voy a resucitar y nos volveremos a encontrar.

Pedro, inmediatamente, con un tono soberbio, afirma: “Aunque todos te abandonen, yo no”. ¿Qué estaba implicando? Aunque estos inmaduros, estos miedosos, estos inseguros, te abandonen, eso no lo haré yo. Yo soy mejor que todos estos, aunque tú me hayas incluido en tu anuncio, yo no entro en esa categoría. Yo estoy por encima de estos.

Incluso, agregó que, aunque tuviera que morir, nunca negaría a Jesús. ¡Jamás negaría a Jesús! Como sabemos, estas fueron declaraciones de soberbia más que de convicción. Pedro tenía un concepto de sí mismo muy equivocado. Su soberbia lo cegaba a la realidad de que estaba tan necesitado, tan frágil, tan vulnerable como cualquier otro ser humano.

La soberbia precede al fracaso. Cuando has fracasado te das cuenta de que te confiaste, te descuidaste, bajaste la guardia, dejaste de ser intencional, porque pensaste de ti mismo que eras fuerte, seguro, certero, suficiente, confiable, e hiciste a un lado la dependencia en Dios.

Jesús le recordó a Pedro su vulnerabilidad cuando le anunció que esa misma noche antes de que el gallo cantara una segunda vez, él ya le habría negado tres veces. En ese momento aún Pedro no podía ver su soberbia, pero cuando ocurrió lo que Jesús le había anunciado, fue confrontado con su realidad.

Quizá ahora mismo estás enfrentando un fracaso. Pregúntate, ¿Qué es lo que me duele más de todo esto? ¿Lo que perdí? ¿Los beneficios que no logré? ¿Cómo quedó mi imagen? Quizá todo tenga que ver sólo contigo. En pocas palabras es nuestro orgullo el que está herido. Es nuestra soberbia la que está siendo evidenciada en este proceso.

Si nos damos cuenta de esto, necesitamos arrepentirnos y mostrar humildad delante de Dios. Un corazón humilde es el que Dios restablece y transforma. No endurezcamos más nuestro corazón. Dios, a través de este fracaso, nos está revelando ese corazón de soberbia que nos aparta de una dependencia en él. Y es que separados de Él, nada podemos hacer.

2. Los fracasos hacen evidente nuestros ídolos.

Marcos 14:66-72 nos narra el episodio central que estamos considerando. Nos relata que después que aprehendieron a Jesús en el Getsemaní, lo llevaron a casa del sumo sacerdote y que Pedro siguió secretamente a la multitud que lo llevaba.

Cuando entraron al patio de la casa del sumo sacerdote, se acercó a un fuego que habían encendido para calentarse del frío. En eso estaban cuando pasó una de las criadas del sumo sacerdote. Y al verlo le dijo: —Tú también estabas con ese nazareno, con Jesús. Pero él lo negó: —No lo conozco. Ni siquiera sé de qué estás hablando.

Luego, se fue más hacia la entrada del predio y cuando la criada lo vio por allí les dijo de nuevo a los presentes: —Este es uno de ellos. Y él lo volvió a negar.

Poco después, ya con la inquietud que les había sembrado la criada, los que estaban allí le dijeron a Pedro: —Seguro que tú eres uno de ellos, pues eres galileo, lo reconocemos por tu acento. Entonces, Pedro comenzó a echarse maldiciones diciendo con juramentos —¡No conozco a ese hombre del que hablan!

Marcos 14:72 nos dice: *Al instante un gallo cantó por segunda vez. Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: «Antes de que el gallo cante por segunda vez, me negarás tres veces». Y se echó a llorar.*

Lucas lo describe aún más dramáticamente. Añade que en el momento en que Pedro negaba por tercera vez, el gallo cantó y hubo un contacto visual entre Pedro y Jesús, y Pedro salió de ahí y lloró amargamente.

Pedro justamente se dio cuenta de lo que había hecho. Había traicionado su promesa de seguir a Jesús incluso ante la muerte; había negado que conocía a Jesús; había llegado al extremo de decir maldiciones para que le creyeran; había negado que había sido testigo del poder de Dios manifestado por Cristo Jesús; había negado la revelación que había recibido de que Jesús era el Cristo, había negado que había estado todo este tiempo con el Mesías y todo ¿por qué? Porque tuvo temor de ser delatado por una sencilla y nada poderosa sirvienta del sumo sacerdote.

Este craso fracaso había sacado a la luz los ídolos de Pedro. Su gran ídolo, su gran sustituto de Dios, era el hombre. Pedro tenía un gran temor al hombre. Es decir, cuando vemos al ser humano como más digno, más grande, más atractivo, más importante, más confiable, más temible que a Dios mismo. Cuando el hombre es grande para nosotros y Dios es pequeño a nuestro parecer.

Pedro estaba sustituyendo al Dios verdadero por los ídolos de su corazón. Por eso cuando la mujer le increpó, tuvo gran temor del hombre y llegó hasta donde llegó...a negar a su maestro y Señor. La Biblia dice que el temor al hombre pone un lazo. Y exactamente eso pasó. Quedó atrapado por el lazo de su propio ídolo.

Esta lucha con este ídolo no fue una lucha sencilla en la vida de Pedro. Más adelante en su ministerio, el apóstol Pablo lo tuvo que reprender, incluso en público, porque al principio se reunía todo normal con los que no eran judíos para comer, pero cuando llegaron ciertos judíos que veían esto como algo impropio, por temor a sus comentarios negativos o ser visto mal, se comenzó a alejar de aquellos con los que anteriormente tenía fraternidad abierta. Nuevamente, el mismo ídolo asomando la cabeza...temor al hombre.

Nuestro corazón fue hecho para adorar a Dios, pero cuando no adoramos a Dios adoramos a cualquier cosa o persona. Ese ídolo nos controla y llegamos a hacer cosas impensables, cosas que no habíamos previsto, planeado o anticipado. Siguiendo a los ídolos de nuestro corazón llegamos a hacer cosas que tiempo después ni nos reconocemos a nosotros mismos haciéndolas. Pero es una realidad, la adoración a estos sustitutos de Dios en nuestras vidas nos mueven a la acción para nuestro propio fracaso y destrucción.

Así que, en el fracaso, siendo un poco auto-analíticos e introspectivos, podemos ver las huellas de nuestros ídolos aparecer en este proceso.

Hay cosas que hicimos o dejamos de hacer que están relacionados con nuestro fracaso. Esas acciones las ejecutamos siguiendo la adoración de alguien o algo. Si no fue a Dios, ¿A quién fue? ¿En qué confiamos? ¿La voz de quién tomamos como nuestra guía? ¿Quién o qué fue nuestro refugio en los momentos de angustia? ¿Quién o qué sustituyó a Dios en el momento crucial? Nuestros ídolos se hacen evidentes cuando hemos fracasado.

Por eso, si estás enfrentando ahora mismo un fracaso, recuerda que más que quedarte lamentando o echando culpas a los demás, comienza humildemente a reconocer tu parte en todo esto. Pide al Señor que desenmascare a tus ídolos, aquellas cosas o personas a quién llamaste “mi refugio”, “mi fortaleza” en tu tiempo de angustia. Aquellas cosas o personas que fueron tu dios funcional en la vida y que ahora que has fracasado comienzan a ser más evidentes.

El llamado constante de la Escritura es a que abandonemos nuestros ídolos y corramos al Dios vivo y verdadero porque es un Dios perdonador y lleno de gracia. Él es el único que en verdad puede llenar nuestras vidas.

3. Los fracasos hacen evidente la gracia de Dios.

Imagínate estar en el lugar de Pedro en esos momentos. Debió haber sido algo muy fuerte el verse confrontado con la realidad de ser una persona traidora, cobarde, infiel y demás cosas cuando pensaba de sí muy diferentemente. Debieron ser días muy difíciles al ver a Jesús crucificado y aparentemente fracasado. Toda la decepción y culpa que debía estar cargando esos días.

Pero el tercer día después de la crucifixión comenzaron a ocurrir cosas extrañas como que unas mujeres dijeron que no estaba en la tumba, Pedro fue allá y corroboró que ciertamente no estaba, luego también otros discípulos dijeron que habían caminado un tramo del camino con Jesús. En fin, varias apariciones que seguramente lo ponían a la expectativa.

Pero por fin, tuvo Pedro la oportunidad de un diálogo íntimo y desafiante con el Cristo resucitado, de esto nos da fe el evangelio de Juan en Juan 21:16-19. Resulta que estando pescando, vieron a alguien que se parecía mucho a Jesús en la orilla del lago, Pedro saltó del barco y llegó junto a él y en efecto era Jesús. Comieron con él en la orilla y entonces dice el evangelio:

Cuando terminaron de desayunar, Jesús le preguntó a Simón Pedro: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? —Sí, Señor, tú sabes que te quiero —contestó Pedro. —Apacienta mis corderos —le dijo Jesús. Y volvió a preguntarle: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas? —Sí, Señor, tú sabes que te quiero. —Cuida de mis ovejas. Por tercera vez Jesús le preguntó: —Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? A Pedro le dolió que por tercera vez Jesús le hubiera preguntado: «¿Me quieres?» Así que le dijo: — Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. —Apacienta mis ovejas —le dijo Jesús—.

¡Qué pasaje tan cargado de emociones! Aquí está el traidor, el que negó al Señor, no una o dos sino tres veces; aquí está el mentiroso que dijo que iría hasta la muerte con él, y la pregunta que Jesús le hizo debió haber sido desgarradora: “¿Me amas más que estos?” ¿Cómo hubieras respondido?

No tenemos argumentos para contestar. Hemos fracasado. Estamos en bancarrota. No tenemos credibilidad alguna. No somos confiables. No podemos responder con arrogancia o soberbia. Todo lo contrario, tenemos que responder con humildad: “Por lo visto, creo que no te amo lo suficiente como ya sabes, en realidad te quiero”. (Hay un juego de palabras interesantes. Jesús dice: ¿Me amas? Y Pedro responde: te quiero.)

Tres veces le hacen la misma pregunta o una muy semejante. Tres veces responde, cada vez más contrito y humillado, este Pedro que antes había estado seguro de sí mismo, autosuficiente y arrogante.

Lo asombroso de todo esto es que cada vez que Pedro responde, el Señor le da la misma instrucción: apacienta mis ovejas, pastorea mis corderos. ¡Eso es gracia!

Pedro no merecía este alto honor de que se le encomendara tan honrosa e importante misión de apacentar los corderos, las ovejas por las que Cristo entregó su vida. No era merecedor de esta oportunidad y privilegio. ¡Esto es gracia!

En nuestros fracasos podemos encontrar revelada y evidente la gracia de Dios. La gracia de Dios que consuela, perdona, restaura y comisiona.

No somos muy distintos a Pedro. Todos hemos tenido nuestros fracasos crasos o épicos. Pero tenemos un Dios que en medio de nuestros fracasos nos hace encontrar su gracia inefable que nos restituye como sus hijos y sus siervos, útiles en manos de un Dios grande. Por eso este día llévate este mensaje del Señor: **Hay una sola esperanza para mis fracasos: Su gracia.**

No hay más. Es sólo por la gracia de Dios en Cristo Jesús que podemos tener verdadera esperanza de que aun en nuestros fracasos y las consecuencias de los mismos, Dios puede sostenernos, levantarnos, convertirnos en personas útiles en sus manos.

Nunca olvidemos que fue gracias a algo que el mundo llamó fracaso, es que hoy tenemos verdadera vida en Cristo. Fue por el llamado “fracaso” de la cruz, cuando Cristo Jesús extendió sus brazos y murió. El mundo lo vio como el más rotundo fracaso. Pero gracias a ese bendito “fracaso” es que hoy podemos ser llamados Más que vencedores en Cristo Jesús por aquel que nos amó.

Sólo su gracia es la esperanza para mis fracasos. El fracaso, esa batalla interna, es un tiempo para reconocer nuestra soberbia y nuestros ídolos. Pero también es un tiempo para venir con un corazón humillado y arrepentido a sumergirnos en su gracia que es abundante e infinita en Cristo. Hay buenas noticias para los que están en Cristo, aun en sus fracasos hay gracia verdadera que sostiene, restaura y transforma para la gloria de Dios.